

Como el tema ‘La Mataré’, que sigue estando en la diana por su supuesta apología del maltrato...

No me molesta. Que haya polémica es una demostración de que cumple su cometido: sigue removiendo conciencias. Sigues teniendo que hacer pedagogía, porque es una denuncia del maltrato. Pero no la hace de forma superficial, por eso resiste el tiempo. La función del arte es mostrar la vida tal cual es. Y yo quería hacer algo insano. El problema es establecer un filtro, discriminar qué se puede decir y qué no. Hay que comprender las cosas para arreglarlas. Aparte, soy muy *provocón*. Hay algunas amigas feministas que la apoyan y otras que no, y me gusta echarles huesos para que muerdan.

De hecho, las mujeres ocupan gran parte del relato. ¿Qué papel tuvieron en la época y en su personalidad?

Cuando murió Franco ya se dio en el papel esa igualdad del hombre y la mujer. En teoría. Lo difícil es pasarlo a la práctica. Has de cambiar la sociedad y las mentes. Y en ese sentido, con el feminismo pasa como con la libertad: no hay que hablar tanto. Hay que vivirlo, que protagonizarlo, que ejecutarlo. Si nos quedamos en decir que hay que conseguir la libertad o que hay que legislar para la libertad, no funciona. Hay que salir a la calle y poner la teoría en práctica. Por eso, entonces había muchas chicas tocando, cantando... Todo era muy ingenuo o *naïf*, pero muy honesto.

Muy inocente también dice que era Cataluña, que estaba sin cuajar y por eso el grupo llegó a Madrid.

Lo que pasó es que el franquismo había sido un proyecto nacional, con banderas y demás. Con la democracia queríamos quitarle importancia a estas historias del nacionalismo. Pero en Cataluña, como estaba pendiente todo esto desde hace décadas, llegó un cacique bribón muy listo llamado Jordi Pujol y sustituyó unos símbolos por otros. Eran democráticos, pero vemos que lo que nos ofrece es lo mismo. Nos parece un panfleto, no la libertad. Y en Madrid no existe ese nacionalismo. Queríamos una cosa sensata y se entiende que muchos se fueran, porque se respiraba mejor.

Pero ahora los que claman por la libertad están en ese bando nacionalista.

Me cuesta pensar que claman por la libertad, porque imponen una libertad bajo una bandera. Están en un proceso de autoengaño. Son los herederos de ese cacique de los ochenta. El problema ha sido el proceso de reacción aquí, sacando otras banderas, dándole importancia a la política -que es

bastante estúpida y lamentable- y quitándosela a algo mucho más importante que es el arte. Las banderas son productos textiles, las palabras permanecen.

Volviendo al libro: ¿Cómo se ha tomado la reedición del libro Loquillo, que en su momento se sintió molesto?

Bien. Nos hemos dado cuenta de que contar todo de forma tan cruda nos hizo aprender y nos llevó a modificar muchas cosas. Hicimos todo encima de la mesa, de manera obscena. Y fue muy sano porque no nos guardábamos cosas. A pesar de todo, nunca nos retiramos la palabra.

Se sugieren los inicios de ese divorcio cuando escribe que ya no le avisan para hacer entrevistas, cuando Loquillo se mosquea porque en un programa le llaman “el cerebro del grupo”...

Es lógico: todos tenemos nuestro narcisismo. Y si encima todo el mundo te dice que eres

de la generación punk, del *no future*, no hay futuro. Y nosotros queríamos uno. Hay que pensar que empiezan las inquietudes ecologistas, que está el Muro de Berlín, que hay un botón rojo para volar el planeta. También había una crisis galopante y no queríamos crecer en ese futuro. Deseábamos uno a nuestra medida.

Por el libro pasean ‘Poch’, de Derribos Arias; Julián Hernández, de Siniestro Total; o Jorge, de Los Ilegales. Todos de estilos muy diferentes. ¿Encuentra tanta variedad en la música actual?

Ahora encuentro una variedad muy interesante. La parte negativa es la fragmentación, que hace muy difícil visibilizarse. Hay una enorme oferta, pero se tiene que compartir con los videojuegos, los *youtubers*, las redes sociales... y es más complicado que llegue a la gente.

Quiero acabar con las drogas. Gran par-

“Muchas veces se ha dicho que la Movida fue un invento desde los despachos. Nosotros no vimos ni uno”

bueno, ¿cómo no te lo vas a creer? ¿Cómo vas a llevar la contraria a la humanidad si lo que te dicen desearías que fuera verdad? Pero tratarme a mí con dureza o llevar a todos al mismo registro consigue que hablemos más tranquilamente de todas estas cosas, que no sea tan traumático porque la catarsis ya está hecha. Y lo que tiene de bueno Loquillo es que sabe reírse de su personaje. Tiene mucho sentido del humor sobre cómo hemos envejecido y cómo de extravagante se ha vuelto el mundo.

¿Cómo se fraguó el reencuentro después de haber estado separados desde el año 1988?

Teníamos ganas. Hicimos *La nave de los locos* (2012), pero en realidad desde 2003 ya nos veíamos mucho y quedábamos. Y ya introdujo una letra mía, *Sol*, en *Balmoral* (2009). Así que el reencuentro tenía que caer en cualquier momento.

En esas dos etapas de colaboraciones se nota algo curioso: parece que en los ochenta tenían más nostalgia que ahora, que pasaban de letras sobre el pasado a otras con temas actuales, como el paro o con optimismo hacia el futuro.

Tiene una explicación muy sencilla: lo que teníamos era nostalgia del futuro. Éramos

te del libro trata sobre su adicción a la heroína y no sé si escucha que últimamente está volviendo a las calles. ¿Por qué cree que esto sucede?

Es un tema muy complejo y no soy sociólogo. Sería muy pretencioso adivinar por qué sucede. Eso sólo se ve a toro pasado. Si puedo contribuir con pistas para reflexionar sobre ello, por cosas que conozco y he probado. La heroína es, ante todo, sedante. Como buen opiáceo. Te quita la ansiedad. La de los dolores físicos, pero también la de las preocupaciones por el futuro. ¿No estaremos creando un mundo demasiado rápido, demasiado ansioso? Y como extoxicómano siempre le diría al que consume estas sustancias que pruebe más bien a ejercitar su capacidad de resistencia frente a los golpes de la vida. Porque, a la larga, te destruye biológicamente y llega un momento en que te pasa lo que me pasó a mí: que necesitaba tener todo mi cerebro en forma para escribir *Literatura universal*. Era una apuesta maravillosa y requería mi cabeza intacta. En fin: lo que para mí fue el arte, para otros es el día a día o el placer de estar vivos. Pero el mensaje, en definitiva, es que se puede salir. ■